

desgarrador, tendiendo los brazos en la dirección en que el jinete había desaparecido; ahora, amor mío, ¡adiós! ¡adiós! ¡adiós para siempre!

Y al decir estas palabras, cayó desmayada sobre el frío y duro suelo del jardín.



## SEGUNDA PARTE.

### CAPITULO VII

DEL VENTAJOSO CAMBIO QUE HIZO GIL GÓMEZ  
CON UN RELIGIOSO  
DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO.

Si el lector recuerda lo que le hemos dicho acerca del intenso amor que Gil Gómez profesaba á Fernando, le parecerá ciertamente muy inverosímil la manera tan sencilla con que fué alejado al tiempo de la partida del joven teniente; pero esta inverosimilitud cesará para el lector cuando sepa dos cosas: la primera, que Gil Gómez había formado su plan, que consistía en seguir á Fernando y servir

en clase de soldado en la compañía á que éste fuese destinado; y la segunda, que había sido encerrado en el pajar, lo mismo que si fuera un niño de ocho años, encerrado por medio de un ardid ingenioso, que consistió en enviarle el hacendado por un objeto y echar la llave por fuera, conociendo que éste era el único medio de impedir un lance desagradable. Para poner en planta su plan, contaba primero con su amor entrañable á Fernando, que le hacía insoportable la vida lejos de él; después con un caballo ciego que le pertenecía exclusivamente y algunos reales que formaban sus ahorros de un año. Por consiguiente, cuando comprendió el ardid de que había sido víctima, primero golpeó la puerta y las paredes, dió gritos espantosos y se desesperó verdaderamente; pero al cabo de un momento permaneció silencioso y se consoló, considerando que de todas maneras le habría sido imposible partir junto con Fernando, porque el hacendado y los criados habrían impedido su fuga, la cual se verificaría á la primera oportunidad, acaso en la misma noche, y lo único que había resultado era una diferencia de horas, y por consiguiente de distancia, diferencia que desaparecería con la precipitación en la carrera, ó en el último caso; qué importaba llegar á San Miguel el Grande uno ó dos días después de Fer-

nando? Consolado con estas ideas, el futuro soldado se tendió primero sobre la paja para descansar, después la naturaleza y la desvelada de la noche anterior, lo dominaron y se durmió profundamente, tan profundamente, que ni sintió que al medio día abrieron la puerta con precaución, y al verle dormido dejaron junto á él una comida completa, volviendo á cerrar la maciza y sólida puerta con menor precaución y más ruido. De cuando en cuando el joven se estremecía en medio de su sueño; ejecutaba algunos movimientos ó articulaba algunas palabras ó gritos de guerra, tales como: "A ellos," "adelante," "avancen." Era que estaba soñando; se soñaba en medio de una batalla, pero no en clase de simple soldado, sino de Brigadier nada menos, y por consiguiente con una gran responsabilidad encima; á su lado combatía Fernando; el zumbido de un moscón que giraba en derredor de las paredes de su encierro, le parecía el estruendo de los cañones, y los ruidos, levísimos que el movimiento de su respiración producía en la paja sobre la que estaba durmiendo, los gemidos de los heridos y moribundos; pero era una batalla de un éxito muy dudoso para él, puesto que los enemigos eran en número cuatro veces mayor que sus soldados, y veía á éstos sucumbir, defendiendo el terreno palmo á palmo; por último, los

pocos que quedaban en pie, huyeron y se dispersaron al ver cargar á sus contrarios, dejando solos á él y á Fernando, que viendo que no había otro partido que tomar ya, se pusieron también en fuga; Gil Gómez picaba en vano á su caballo, pero éste no avanzaba y parecía clavado en tierra; ya oía el galope de los soldados y los gritos de furor de sus perseguidores, y su montura no avanzaba; quiso echarse á tierra y huir por su pie, pero nada, parecía también clavado en la silla; ya se oían los gritos más cercanos y hasta disparaban tiros al percibirle; quiso defenderse al menos para vender su vida lo más caro posible; pero imposible, parecía una estatua de panteón; sintió el frío de una pistola sobre su sien; hizo un esfuerzo supremo, dió un grito de terror y despertó sobresaltado. Cerca de dos minutos permaneció todavía con los ojos abiertos, sin poder darse cuenta del lugar en que se hallaba y por qué casualidad había escapado de aquel peligro inminente que le había amenazado; por último, poco á poco fué reconociendo las localidades y recobrando la memoria se acordó de cómo había sido encerrado y por qué motivo, y se incorporó, quedando no poco asombrado al encontrar junto á sí varios platos con alimentos; satisfizo el hambre imperiosa que le dominaba, tomando algunos bocados, y se

acercó á la puerta para espiar por una hendedura lo que afuera de su prisión pasaba; el corral hacia el que ésta daba, estaba desierto completamente; el sol comenzaba á caer, debiendo ser ya lo menos las cinco de la tarde; había dormido, por consiguiente, la friolera de diez horas, y de nuevo se desesperó, volviendo casi á la misma exaltación de la mañana; pero después reflexionó que no debía pasar mucho tiempo prisionero y que acaso dentro de un momento se le devolvería su libertad querida; por consiguiente, comenzó á pasearse á lo largo de su encierro; silencioso y preocupado acaso por los preparativos de su fuga. Al anoecer sintió que la puerta se abría, dando paso á Don Esteban, que le dijo con acento afectuoso:

—Gil, ya puedes salir; siento haberme tenido que valer de esta estratagema para alejarte de mi hijo; pero como eres niño y tan caprichoso, es necesario tratarte como tal, puesto que no te convences con razones.

—Ha hecho Ud. perfectamente, padre mío, dijo Gil Gómez con tono compungido; ahora me alegro, porque indudablemente me habría sido imposible ver partir á mi hermano, si no acompañarle, mientras que ahora viendo que ya no hay remedio, comienzo á consolarme.

—¡Oh! sí, ¡hijo mío! ya sabes que siem-

pre vivirás á mi lado, porque te he amado con el mismo cariño que á Fernando; ahora los dos esperaremos su vuelta, ¿no es verdad?

Gil Gómez no respondió, porque se le hizo escrúpulo dar en su corazón, tan franco y tan generoso, cabida á dos pasiones que aborrecía, la mentira y la ingratitud.

—¡Bueno! ¡bueno! continuó el hacendado; ahora vamos á cenar porque según veo nada has comido y todo el día lo has pasado durmiendo.

Y los dos salieron de la improvisada prisión.

Las primeras horas de la noche las pasó Gil Gómez en compañía de Don Esteban, permaneciendo ambos tristes y pensativos. A la hora de retirarse cada cual á su aposento para dormir, Gil Gómez abandonó á aquel hombre honrado que durante tantos años le había amparado con un cariño verdaderamente paternal; sintió que su corazón se despedazaba al dar cabida en él á la ruin pasión de la ingratitud y tal vez iba á arrepentirse de su resolución; pero también pensó en Fernando, consideró el horrendo vacío de una vida pasada lejos de él, y se sintió débil para sufrir esa existencia, resultando de esta lucha que tuvo lugar en su alma durante un momento, que en sus

ojos apareciesen dos lágrimas que rodaron silenciosas á lo largo de sus mejillas, y que estrechase besando la mano de Don Esteban.

—Hasta mañana, hijo, dijo éste con cariño

—¡Adiós! ¡adiós, padre mío! murmuró Gil Gómez saliendo violentamente de la pieza, porque sentía que los sollozos que le estaban reventando el pecho iban á estallar; y luego que se halló en su habitación, dió libre curso á sus lágrimas, librándose así de un peso con que se sentía ahogar. Después abrió su cómoda, extrajo de ella su maleta de viaje ya preparada de antemano y que contenía, además de dos ó tres vestidos, un bolsillo lleno de monedas de plata, que según hemos dicho formaba sus economías de un año; escribió durante un rato el siguiente papel que dejó sobre su mesa, y que iba dirigido al hacendado:

¡Padre mío!

Soy un ingrato, soy un infame en pagar con una villanía los inmensos beneficios que de su mano de Ud. he recibido durante y diez y nueve años; pero ¡ay! me es imposible vivir separado de mi hermano y corro á alcanzarle, á cuidarle, á vivir á su lado, aunque sea en clase de soldado.

¡Perdón! ¡perdón, padre mío! ¡Adiós!  
le dice á Ud. su hijo

GIL GÓMEZ

Luego extrajo de un cajón de su mesa un par de pistolas, que á pesar de las composturas que Gil Gómez les había hecho varias veces, mal ocultaban su origen antiguo, pues databan nada menos que de la invasión de Lorencillo en Veracruz; las ató á su cintura, después de haber probado el gatillo; tomó de un rincón una larga espada forrada de cuero, y cuyo torín depositado por el tiempo, apenas había desaparecido á fuerza de frotamientos y limaduras; se la ciñó y esperó á que todo estuviese en silencio en la hacienda. A la media noche abrió con sigilo su puerta, y al ver la quietud que en los corredores y patios reinaba, comprendió que ya todo el mundo dormía profundamente, bajó de puntillas con su maleta al hombro hasta el corral en que se encontraban los caballos, y desató uno de ellos después de haberle reconocido y colocado una montura medio vieja, que en un cuartito junto al pesebre, se hallaba tirada en el suelo.

Era un caballo que aunque en otro tiempo había sido el primero de la hacienda, ahora había cegado completamente, aunque conservando sus ojos en el

estado natural y todo su brío y movimientos primitivos, exponiendo, por consiguiente, al audaz jinete que osase montarle, á todos los peligros posibles.

¿Y por qué entre cien caballos que había en la caballeriza, escogía Gil Gómez éste que era indudablemente el más malo de todos?

Por un sentimiento de nobleza; porque le parecía que el crimen que á su entender cometía con fugarse, se haría más horrible, tomando una cosa que no le pertenecía tan directamente como el mueble de que se iba á servir.

Después de atar á la grupa del animal su maleta, le tomó por la brida y le condujo con precaución hasta la puerta del corral, cuya tranca quitó con el mismo silencio, y después de haberle montado, murmuró casi llorando: ¡Adiós, casa querida en que yo, pobre huérfano, he encontrado abrigo, pan y cariño! No sé qué presentimiento me dice que ya nunca he de volver á habitar en tu seno. ¡Que siempre las buenas gentes que te habitan, sean tan felices como yo lo he sido hasta aquí!

Y después de haber sollozado esta despedida, picó á su peligrosa cabalgadura y desapareció violentamente en la obscuridad de la noche, á tiempo que la campana del reloj de San Roque sonaba la una. Casi toda la noche galopó con igual

ímpetu, escapando mil veces, gracias á su astucia y á su buen conocimiento de la brida, de una caída indudablemente mortal, de manera que al amanecer se encontraba á doce leguas de la aldea; y el resto de la mañana anduvo casi con igual precipitación, gracias á la fuerza de su montura, que hacía un mes estaba en un completo reposo; al medio día se detuvo en una venta para tomar un bocado y dar un pienso á su caballo; pero con sentimiento tuvo que prescindir de la primera idea, pues le dijeron que hacía sólo dos horas se había dado lo último que quedaba, á un religioso y á su criado que viajaban.

—¿Pero no hay siquiera huevos, frijoles ó tortillas? preguntó Gil Gómez, que hacía cerca de veinte horas no probaba bocado.

—Nada, señor, le respondió el posadero; el padrecito ha comido lo que quedaba, y podía alcanzar muy bien para cuatro pasajeros; pero parecía tener un apetito voraz.

—Bribón padrecito, dijo Gil Gómez á media voz, alejándose de aquella incientemente posada.

Al caer la tarde, distinguió por fin una casa, que por su aspecto y el portaleo que le formaba frente, indicaba desde luego ser un mesón; se acercó á ella violentamente, y con gran satisfacción, por-

que ya el hambre se le hacía insostenible, leyó encima de la puerta con letras enormes y casi ininteligibles:

MESEÓN DEL BUEN SOCORRO SE HACEN ALMUERZOS, COMIDAS Y CENAS. SE VENDEN PULQUES Y PASTURA PARA LOS ANIMALES.

—¡Bueno! dijo Gil Gómez, esta venta sí, no se parece á la de esta mañana, y me voy á desquitar, porque hace veinticuatro horas no pruebo bocado y tengo una hambre horrible.

Y frotándose las manos entró al patio de aquella hospitalaria mansión.

El posadero, viejo, alto y seco, que era la personificación más viva del hambre, salió á recibirlo.

—Buenas tardes, huésped; á lo que veo no hay muchos cuartos vacíos en este magnífico mesón, dijo Gil Gómez con acento de franqueza y cordialidad, procurando ganarse la estimación del posadero.

—Se engaña usted, señor mío, respondió éste con acento agrio, como hombre que está acostumbrado á ejercer un dominio absoluto; se engaña Ud., porque sólo uno está ocupado.

—¡Ah! conque hay esta noche pocos

pasajeros; ¡es raro, porque la venta tiene fama en todos estos alrededores!

—Sí, uno solamente.

—Acaso un....

—Un venerable sacerdote, interrumpió el huésped llevando su mano al sombrero en señal de respeto.

—¡Ah! un frai...—dijo Gil Gómez visiblemente contrariado por la presencia de aquel viajero que llegaba antes que él á las posadas, y que le recordaba el lance de la mañana.

—¿No desmonta Ud.?

—Sí; haga Ud. que me preparen un cuarto, que le den un pienso á mi caballo colocándole en el mejor establo, porque aquí pienso dormir esta noche; pero sobre todo, dígame Ud. lo que hay preparado de comida, porque tengo un apetito como el que puede despertar el aspecto de esta venta.

—¿Cómo; lo que hay de comida? preguntó el posadero.

—Sí; cualquier cosa, me conformaré con un pollo, unos huevos, un plato de "mole," otro de frijoles, y...y nada más.

—Pues es muy extraño que no sepa Ud. que aquí no se vende comida, sino solamente pasturas para los animales, dijo impasible el posadero.

—¿Cómo, cómo? ¿qué está Ud. diciendo? ¡Ah! sí, ya comprendo. Es Ud. hombre de buen humor y se quiere chancear

conmigo, al ver el terrible apetito que traigo, dijo Gil Gómez con una sonrisa forzada, queriendo él mismo disminuir el mal efecto de las palabras del posadero.

—No soy hombre que gasto chanzas, dijo éste con sequedad; le he dicho á Ud. que aquí no hay comida y que sólo se venden pasturas para los animales.

—¡Bien! ¡bien! continuó el hambriento, intentando aturdir su dolor y caer en gracia al impasible ventero, con una estrepitosa aunque falsa carcajada, ¡bien! veo que sabe Ud. llevar la broma hasta el fin: así me gusta, yo también soy hombre de ese mismo genio.

—Vaya, pues veo que está Ud. loco, caballero, y nada tenemos que hablar, murmuró el posadero volviendo las espaldas á Gil Gómez.

Entonces el joven viajero comprendió la realidad de las terribles palabras de su huésped, y vió que no se prestaba mucho á la conversación y la fraternidad.

—¿Pero, y ese letrado que está á la puerta, no me da acaso derecho á pedir una comida? preguntó con un acento que no se podía saber si era una disculpa ó un reproche.

—Este letrado, caballero, hoy no tiene ya valor, puesto que el mesón ha cambiado ya de dueño, y que si á mi predecesor